

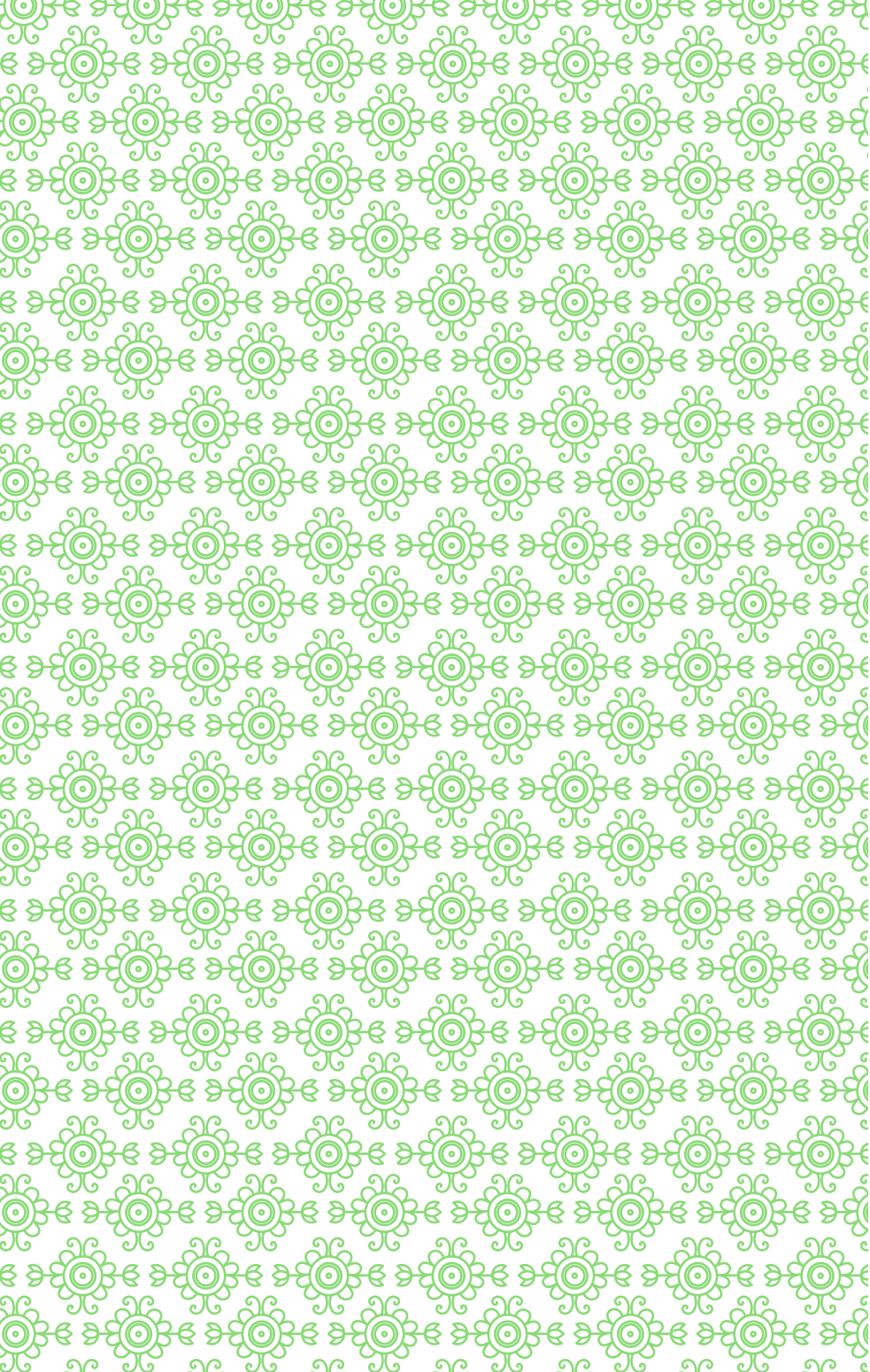
COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

La salamandra

Efrén Rebolledo



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



La salamandra



Efrén Rebolledo

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

La salamandra



Efrén Rebolledo



Universidad
de Guadalajara





Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2015

Director de la colección
Fernando del Paso

Coordinador de la colección
Ángel Ortuño

Autor
Efrén Rebolledo

D.R. © 2015, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2015

ISBN 978-607-742-377-5

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

-
- 9 Presentación
- 13 Para que te acuerdes que has visto una
salamandra
- 14 Barbey d’Aurevilly la habría escogido de
modelo para escribir una de sus “diabólicas”
- 19 Yo haré que realice su más bella obra de arte
- 22 En medio de los melancólicos cuadros de
Inclán. La cálida belleza de Elena producía
un deslumbramiento
- 26 Vestía un traje color azul pavo
- 31 Tejiendo la tela en que había
de tomarlo cautivo
- 36 No era ni macho ni hembra como dice
Plinio de algunos animales
- 41 Un extraño presente

- 45 En menos de una semana de rusticar
en el retiro se había cansado de los
esparcimientos campestres
- 49 Contemplaba el sufrimiento de su víctima
con un deleite digno del Marqués de Sade
- 55 Y una espesa mortaja, una fúnebre ajorca,
es tu lóbrego pelo; mas tanto me fascina, que
haciendo de sus hebras el dogal de una horca,
me daría la muerte con su seda asesina

Presentación

ÁNGEL ORTUÑO

Para la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* una salamandra es un “batracio parecido en su forma a un lagarto”. También afirma que es un “Ser fantástico, espíritu elemental del fuego, según los cabalistas”. Esta segunda acepción, la de los cabalistas, se enlaza con una observación que hace Luis Mario Schneider al respecto de cómo veían a este animal algunos escritores del siglo antepasado: “Los decadentistas decimonónicos la adoraban por misteriosa, pero también por corruptora, por sanguinaria, por degenerada, por ese primitivo gozo hacia la violencia sádica, núcleo vital en el que la lujuria cerebral hace exquisita la depravación”.

Efrén Rebolledo no fue un escritor francés del siglo XIX. No lo fue él pero sí sus maestros, entre ellos Barbey d’Aurevilly, Baudelaire y Verlaine. Los temas, el estilo y las imágenes de estos autores se trasminan a la obra de Rebolledo, quien los incorpora para fraguar su estilo, verdadera rareza entre los escritores mexicanos de su época. Esto es particularmente perceptible en la novela breve que hoy les presentamos. Con la debida advertencia de que deben tomar sus precauciones: no es nada inocente ver una salamandra, mucho menos leerla. Y si no, recordemos aquella anécdota de infancia del escultor Benvenuto

Cellini: mientras miraba fascinado el fuego en la chimenea de su casa, el pequeño Cellini recibió una feroz bofetada por mano de su padre. Desconcertado y lloroso, lo oyó decir: “Querido hijo mío, no te he pegado porque hayas hecho nada malo, sino solamente para que te acuerdes que esa lagartija que has visto en el fuego es una salamandra”.

Elena Rivas, la protagonista de esta novela, es una “diosa sagradamente perversa, sacerdotisa de la belleza maldita... mujer-vampiro, también araña, reveladora, despertadora del masoquismo congénito de sus víctimas”. Es esa salamandra que, según lo afirmara Plinio el Viejo en su *Historia natural*, se engendra como serpiente “en la espina dorsal del hombre”. El hombre, en este caso, es el infortunado poeta Eugenio León. Y podemos adelantarles que de su espina dorsal no quedará vértebra sana al correr de estas páginas.

Enrique González Martínez —también poeta como el ficticio Eugenio León— anota en el prólogo de la primera edición que se trata de una novela breve y rápida, con un desarrollo “que la asemeja a una película cinematográfica”. Se refiere a sus diez capítulos como “diez escenas” y lo equipara también al *grand guignol*, ese teatro de títeres donde con humor macabro se representan historias sórdidas y sangrientas.

Publicada en 1919, *La salamandra* no es ya motivo del escándalo que despertara entonces, pero mantiene su vigor gracias a la agilidad narrativa que se apoya en un lenguaje tan raro e infrecuente en el año de su publicación como

ahora mismo, lo que produce en sus lectores un efecto que va más allá del mero anacronismo. No es tampoco menor el gran trabajo de montaje, al más puro estilo cinematográfico, de las breves escenas, que hace a esta novela publicada hace más de cien años, tan actual como si hubiera aparecido apenas hace unas semanas. Todo esto se suma para ubicarla entre esas experiencias de lectura que resultan al cabo inolvidables. Tal es la intención de incorporarla al mapa del recorrido para nuestros Caminantes.

Efrén Rebolledo nació en Actopan, Hidalgo, en 1887 y murió en Madrid, España, en 1929. Cursó sus estudios hasta el nivel preparatoria en Pachuca, Hidalgo. Después se establecería en la Ciudad de México, donde colaboró con las principales revistas literarias afines al modernismo, singularmente la *Revista Moderna*. Junto con Ramón López Velarde (otro de los autores que figuran en la colección Caminante) y el ya mencionado Enrique González Martínez, fundó la revista *Pegaso*. En el año de 1901 ingresó al servicio diplomático mexicano y representó a nuestro país en Guatemala, Japón, Noruega, Bélgica, Chile y España. Fue autor de novelas y libros de poemas, entre los cuales el más reconocido es *Caro Victrix* (“carne victoriosa” en latín) donde reúne sonetos eróticos que fueron celebrados por Xavier Villaurrutia como “los más intensos y hasta ahora, mejores poemas de amor sexual de la poesía mexicana”. Su novela más célebre es, precisamente, *La salamandra*.

Sabemos por varios autores que se engendra una serpiente de la espina dorsal del hombre. En verdad, la mayor parte de las generaciones se operan de manera oculta y desconocida aun en la clase de los cuadrúpedos. La salamandra es un ejemplo: su forma es la de una lagartija; su cuerpo estrellado. Nunca aparece sino en las grandes lluvias; desaparece en el buen tiempo. Es tan fría que con su contacto extingue el fuego como lo haría el hielo. La espuma blanca como la leche que arroja por las fauces hace caer el pelo de todas partes del cuerpo humano que toca y deja sobre la parte tocada una mancha blanquecina.

Historia Natural de Plinio

Versión de M. Ajasson de Grandsague

Para que te acuerdes que has visto una salamandra

Cuando tenía yo la edad de cinco años más o menos, estaba mi padre en un cuarto de nuestra casa donde se había hecho colada y ardía un buen fuego de encina. Juan, con una viola en el brazo, tocaba y cantaba solo a la vera de la chimenea. Hacía mucho frío. Al poner la vista en el fuego, mi padre advirtió en medio de las llamas un animalillo como una lagartija que se regocijaba entre las más vivas brasas. Cuando se dio cuenta de lo que era nos llamó a mi hermano y a mí, y mostrándonosla, a mí me dio una fuerte bofetada por lo que me puse a llorar muy lastimeramente. Él, callándome con mucho cariño me dijo así: Querido hijo mío, no te he pegado porque hayas hecho nada malo; sino solamente para que te acuerdes que has visto una salamandra.

Autobiografía de Benvenuto Cellini

Barbey d’Aurevilly la habría escogido de modelo para escribir una de sus “diabólicas”

Elena Rivas era coqueta; pero no con esa coquetería natural en todas las mujeres que se gustan a sí mismas y se complacen en conquistar la admiración de los hombres. Desencadenaba sobre sus perseguidores al “monstruo de los ojos verdes” porque le deleitaba el espectáculo del sufrimiento. Enardecía a sus cortejantes para estudiar en ellos los efectos de la pasión, como para ensayar un nuevo tósigo Cleopatra envenenaba a sus esclavos. Barbey d’Aurevilly la habría escogido de modelo para escribir una de sus “Diabólicas”, y la realiza en los dramas de la pantalla el súcubo hechicero y alucinante de Pina Menichelli. Era monstruosamente coqueta. Hija de un rico ganadero de Sonora, se educó en Los Ángeles, adquiriendo esa independencia que distingue a las mujeres yanquis.

Acabada de llegar de Estados Unidos, despertó una pasión en su único hermano, que se expatrió para no sucumbir a esa llama maldita, y su primer novio provinciano, que la amó con todo el fervor de la adolescencia, murió de melancolía al verla coquetear con todos los muchachos de Hermosillo.

Durante la Revolución, su padre sufrió enormes pérdidas en sus propiedades, y temiendo ser víctima de algu-

na violencia en su provincia, vino a radicarse en la capital, a ejemplo de toda la gente acaudalada de la República.

Movida por su espíritu aventurero, más que por amor, se casó con un militar revolucionario, después de acres disgustos con sus padres. Divorciada a poco, no volvió al seno de su familia. Prefirió su libertad, y bella, rica, despreocupada, se instaló en su magnífico hotel de la colonia Juárez, causando la estupefacción de la sociedad metropolitana que seguía las costumbres del tiempo de los virreyes.

Cuando la vio entrar en el dorado saloncito Luis xv, luciendo un sencillo vestido de crespón gris, Fernando Bermúdez dejó sobre el ónix de la mesa de centro un libro de marroquí verde que hojeaba distraídamente, y se levantó a estrechar una mano que habían tornado impecable el ocio y la manicura.

Elena Rivas frisaba con los veinticinco años, y poseía esa hermosura avasalladora que toma los corazones por asalto. El sentimiento que producía no se formaba lentamente, como los cristales que escarchan las ramas depositadas en el lago de Salzburgo; estallaba de súbito como una descarga eléctrica.

Era de estatura media, entre la gigante del autor de *Flores del mal* y la *Dueña chica* del Arcipreste de Hita. De pelo tan negro que tenía tonos azules, como el de las japonesas; pero más fino, ligeramente ondulado y mucho más abundoso. Su carne firme y de tonos dorados en ninguna parte dejaba adivinar la presencia de los

huesos. Su busto era alto y rotunda su cadera. Gracias al traje moderno que desviste tan admirablemente a las mujeres, permitía ver la redondez de sus brazos al través del tul de las mangas y ceñido por el tubo de la bota, el cenceño tobillo que se ensanchaba como una botella de *champagne*, estirando la malla de la media. No es posible definir el color de sus ojos, aunque eran más bien oscuros, y cuando no los suavizaba la coquetería, altaneros, como los de las aves de presa. Poseía una voz armoniosa, con un leve timbre de burla que acentuaba la impertinencia de sus frases, y su risa, breve, aguda, cruel, confirmaba la opinión de Dostoievski, quien observa en *La casa de los muertos* que la risa es signo infalible para conocer el carácter de una persona.

—¿Leía usted a Eugenio León? —le preguntó, al mismo tiempo que se sentaba, mostrando al cruzar la pierna una bota alta y puntiaguda de cabritilla gris—. Si el autor es como su prosa, debe ser interesante.

Fernando volvió a tomar asiento, alzando instintivamente sus pantalones de bajos dobles, sin acertar a despegar los labios que sombreaba un pequeño bigote castaño recortado a la inglesa.

—Temo haber llegado demasiado temprano —balbuceó, mirando sin querer la tensa media de seda gris—; pero he querido encontrar a usted sola para hablarle largo y en serio.

—Largo y en serio, ¡qué fastidio!

—Terminemos de una vez —prorrumpió Fernando, y sentado en el borde de la silla, con vivos ademanes, con tono resuelto y áspero le echó en cara todos sus devaneos.

“Tiene usted una corte de pretendientes.

“Muñoz la sigue a usted por todas partes como un perro.

“La otra noche, al salir de la casa de las Lozano, con esa estupidez de que Dios le hizo merced, Jiménez me hizo su confidente de los pequeños favores que usted le dispensa.

“Alentado por usted, el viejo de don Camilo Serna exhibe garbos donjuanescos.

“El domingo pasado fue usted al cabaret de Chapultepec.

“El nombre de usted está en boca de todos.”

Concluida su requisitoria, Fernando permaneció mudo, pugnando por contener las lágrimas de dolor y de rabia de que estaban preñados sus ojos.

Elena lo oyó con fruición, como toda coqueta al pretendiente que le pide celos, con interés, como a un actor que declama hábilmente un parlamento, maravillándose de que, movido por la emoción, Fernando se expresara casi con elocuencia; provocativa, balanceando la pierna y poniéndose la mano en la barba, y al fin acabó por reírse, hiriéndolo, como con un estilete envenenado, con su risa aguda y burlona.

—Yo no tengo la culpa de que los hombres tomen por coquetería lo que no es sino la llaneza de mi trato —replicó luego, haciendo un mohín delicioso de enfado y abandonando en el cojín de raso bermejo su mano cuajada de pedrería.

Fernando acercó la suya a aquella mano sedaña que le presentó su palma, más suave que el interior de un alhajero, de un espléndido alhajero que en vez de joyas atesorara caricias, y temeroso de haber provocado el enojo de Elena, no solamente olvidó sus agravios, sino le pidió perdón, encareciendo la sinceridad de su arrepentimiento.

—Ha estado usted muy impertinente —le dijo entre zalamera y esquiva, y con el ademán condescendiente de una reina, se dignó permitirle que cubriera de besos su alargada mano de marfil.

Yo haré que realice su más bella obra de arte

Vestida con una bata color paja, Elena se encontraba en la espaciosa antesala de lustroso piso de taracea, recostada en un diván guarnecido con una piel de tigre, esperando perezosamente que se deslizaran las horas bochornosas de la siesta.

La luz reverberante del sol se amortiguaba al atravesar el emplomado del comedor haciendo arder con mortecino brillo la suave policromía de los cristales; sobre el papel ocre del muro recortaban las palmas sus abanicos verdes, y en el tabor de porcelana de China colocado sobre la mesa de centro, poniendo una nota cálida en la pesada penumbra, descollaba un ramillete de rosas bermejas, semejante a un racimo de corazones chorreando sangre.

Presa del aburrimiento, Elena comenzó a hojear *El Independiente Ilustrado*, que había puesto como en un atril en la hosca testa guarnecida de glaucos ojos y afilados colmillos.

Vio todas las ilustraciones; recorrió las notas de sociedad encontrando interesantes aquellas donde figuraba su nombre; se demoró en las páginas de modas, y al pasar a la parte literaria, advirtió la firma de Eugenio León que campeaba al calce de cuatro estro-

fas a las que servía de título el primer hemistiquio del primer alejandrino.

Le encantaba la originalidad y la técnica de aquel poeta.

Leyó de prisa y en silencio, recitando después el férvido poema con su voz de oro:

Un raudal de promesas

Un raudal de promesas son tus lánguidos ojos,
Y un jardín de jazmines son tus mórbidos brazos;
Mas tú eres un abismo de peñascos y abrojos

Que las almas atraes para hacerlas pedazos.
Tu cuello, delator de tu oculta blancura,
Como un lirio se yergue despertando ansias locas;
Pero en vano el deseo como el mar se tortura,

Azotando y besando de tus senos las rocas.
Tus besos son más dulces que la miel de las flores,
Más sabrosos que el jugo que destilan las cañas;
Pero infeliz quien pruebe tus labios tentadores,

Porque una sed perenne quemará sus entrañas.
Y una espesa mortaja, una fúnebre ajorca
Es tu lóbrego pelo; mas tanto me fascina
Que haciendo de sus hebras el dogal de una horca,
Me daría la muerte con su seda asesina.

Al cabo de repetir una y otra vez los dos últimos versos, permaneció pensativa, mostrando al sonreír las hileras de sus dientes blancos y parejos, y desperezándose con más indolencia que el felino sobre cuya piel estaba de bruces.

Enseguida exclamó, ufana de haber dado forma a un pensamiento impreciso:

—Me gusta esta poesía, sobre todo la última estrofa, y la muerte que describe es digna de un poeta. Yo haré que poniendo en práctica esta idea realice su más bella obra de arte.

En medio de los melancólicos cuadros de Inclán. La cálida belleza de Elena producía un deslumbramiento

La casa del conde de Orizaba abría sus pesados batientes ornamentados con dibujos de sutil cerrajería permitiendo el paso al público metropolitano que, sacudiendo su crónica indiferencia, acudía a la exposición de Rutilio Inclán.

Aunque la personalidad artística del pintor resaltaba con vigoroso relieve, no era conocido como merecía, por no haber logrado en vida exhibir sus cuadros como era su más vivo anhelo. Adoleció de una enfermedad que lo trocó en una momia con la piel pegada a los huesos, y cuando expiró, en medio de un optimismo que no lo desamparó nunca, su muerte, aunque esperada, produjo la impresión de una tragedia. No era trágico que desapareciera joven, que así se van los amados de los dioses, sino que no hubiera realizado la obra para la que se había preparado durante toda su existencia laboriosa y recoleta.

Dedicó sus contados años al arte, en un medio ingrato donde el artista no es aguijoneado por ningún estímulo, y con el oscuro presentimiento de que iba a vivir poco, pintó febrilmente, adorando a su joven compañe-

ra de quien dejó varios retratos, y a su pequeño hijo, que por su gracia robusta se antojaba un serafín renacentista.

A propósito de la exposición, se contaba que un ministro había pagado varios óleos, y que un general había adquirido en subida suma una sola tela. Los amigos del artista estimaban en un caudal el producto de la venta y habían tasado en altos precios el último boceto, cerrando los ojos a la ignorancia y ruindad de nuestros ricos.

De un auto que se detuvo ante la fachada de lucida azulejería y marcos de labrada chiluca, descendió Elena Rivas en compañía de Lola Zavala, la amiga con quien salía a todas partes, y de Fernando Bermúdez, penetrando en el austero patio colonial, cuyos muros estaban enjorjados con los cuadros del pintor.

Sorprendía el gran número de pinturas.

Maravillaba hasta a los propios admiradores de Inclán que concurrían asiduamente al pequeño estudio de la calle de Mesones. Había bastantes óleos, pero abundaban los dibujos, porque eran muy costosos los colores de aceite para los medios del artista. Considerada aisladamente, cada obra revelaba caracteres de fuerza; pero el conjunto dejaba una impresión de pesado abatimiento. Caras de niños tristes, cabezas de viejos apergaminados, cuerpos musculosos de hombres en hieráticas actitudes. La línea era firme y débil el colorido, con predominio del azul y del violeta.

El público discurría de un lado a otro, formulando apreciaciones sobre los cuadros.

¿Te has fijado en los precios? —preguntó Lola Zavala.

—Muy altos —le contestó Elena—, y sin embargo yo querría comprar algo; pero todo es de una tristeza que me enferma.

Esparció los ojos en derredor, experimentando una impresión de alivio al ver las columnas de arábiga esbeltez; los marcos de rebelde cantera, esculpidos como si fuesen de dócil cedro; las puertas grabadas como obras de platería; la fuente, de donde estaba ausente el líquido fresco y gárrulo, trabajada con el primor de una hornacina; el barandal del segundo piso de bronce de China y los preciados azulejos de Puebla que, formando caprichosos alicatados, cercaban los marcos de ventanas y puertas; componían frisos; esmaltaban techos y revestían hasta los mismos peldaños de la escalera.

—Mira —observó Lola, señalando el primer escalón—, allí mató un militar al conde don Andrés Suárez de Peredo, porque se oponía a que se casara con su hija.

—Le hacía falta un brillante florón rojo a la frialdad del gris y el azul de esta arquitectura —repuso Elena, que como tenía fuerte la imaginación, vio relampaguear una daga de Toledo delante de sus ojos y correr sobre la piedra la sangre escarlata.

Bermúdez saludó familiarmente a un garzón afeitado a la americana y bien trajeado, que en medio de un grupo de gente de letras contemplaba el lienzo de *Los compadres*, y se lo mostró a Elena, recordando el

libro empastado de marroquí verde que había visto en el saloncito Luis xv.

—Preséntemelo usted —le pidió Elena, y Bermúdez se apresuró a complacer sus deseos, envanecido de exhibir su amistad con los literatos.

En el ambiente arcaico de aquel desmantelado palacio y en medio de los cuadros de Inclán, tristes y de mustio colorido, la cálida belleza de Elena, dorada como un Giorgione, producía necesariamente un deslumbramiento.

Así lo experimentó Eugenio León que al rozar las yemas de los ahusados dedos de Elena, se imaginó estar delante de una dogaresa.

—¿Nos vamos? —les consultó Elena a Lola y a Bermúdez, después de poner los ojos en su diminuto reloj de pulsera, cercado de brillantes.

Luego de haber dado algunos pasos se volvió para decirle a Eugenio León:

—Tendré mucho gusto de verlo a usted en casa; estoy todos los viernes, o si prefiere usted venir otro día, hágame favor de prevenirme por teléfono.

Vestía un traje color azul pavo

El viernes siguiente, Eugenio León fue a visitar a la señora de Montalvo, más conocida en sociedad por Elena Rivas, su nombre de soltera.

Cuando entró, la halló rodeada de gente; pues aunque la vituperaban por su independencia, no encontraban reproches para las gollerías de que siempre estaba provista su mesa.

Vestía un traje color azul pavo y atendía con tacto a sus visitas.

Mientras no se trató sino de conversar y tomar té, Eugenio León casi se comportó como un hombre de mundo, prodigando a las señoras madrigales y pasteles. Muy diferente fue cuando de retorno al salón Fernando Bermúdez le dio cuerda al gramófono y comenzó el baile a los lánguidos acordes de *Poor Butterfly*. Entonces tuvo que sufrir la humillación de confesarle a Elena que no sabía bailar, y experimentó el despecho de verla levantarse aceptando el brazo de Bermúdez. Envidioso de los jubilosos petimetres que se enseñoreaban de las más lindas muchachas, se resignó a dar conversación a las señoras con canas; a atender a las señoritas desahuciadas que seguían con triste mirada el alegre vaivén de las parejas, o de pie en el vano de una puerta, oía las observaciones malévolas o los cuentos picantes de los

hombres que no bailaban ni se acercaban al menos a las señoras por falta de trato.

Una señorita de pelo rubio y de ojos color de ajeno cantó con buen gusto unas romanzas en francés; Cloti, como le decían familiarmente a una señora de tipo sevillano, cantó picarescamente una tonadilla puesta de moda por una tiple de zarzuela, y la nena Covarrubias tocó en el piano valeses de Chopin.

Eugenio León apenas había logrado dirigir algunas frases triviales a Elena y que le sirviera con los dedos dos terrones de azúcar en su taza de té.

Se sometió a la tortura de recitar después de haberse rehusado repetidas veces y le prometió a la nena Covarrubias un poema para su álbum.

Poco a poco se retiraron los invitados, las señoras besándose en ambas mejillas y después de despedidas sin cuento.

Cuando no vio sino hombres, Elena se hundió en su diván turquesco abrumado de cojines, y encendió un cigarrillo egipcio de cabo dorado luciendo el terso marfil de su brazo desnudo.

—¿Le gusta a usted fumar? —le preguntó Eugenio León.

—Nada más porque en México nos está vedado a las mujeres; pero me parece un vicio desabrido. Me gustaría más fumar opio, sentada en un canapé chino y reposando en un taburete mis zapatillas bordadas de seda roja.

—Si quiere usted hacer la experiencia, yo sé que hay un fumadero de opio —observó Muñoz, un deportista muy conocido por el corte impecable de sus trajes y por el número de sus automóviles.

—Con mucho gusto —le contestó Elena—; pero es una afrenta que sean más refinados que nosotros nuestros lavaderos. Lástima que nuestra marihuana en vez de hermosos sueños engendre crímenes vulgares. ¿Cuántos caballos ha comprado usted, Muñoz?

—Ninguno, Elena, y los pocos que conservaba en mis caballerizas pienso donárselos al museo; pero he adquirido un auto que le ofrezco a usted, el último modelo inglés.

—Con la condición de que yo maneje —repuso Elena—. No se alarme usted —agregó—, sé manejar muy bien, aunque cometí la torpeza de aprender estropeando mis autos y no los ajenos.

—Me consta que maneja usted admirablemente —asintió Muñoz.

—Tomen ustedes una copa de whisky y soda —propuso Elena—. El té es una bebida que sólo incita a hablar de trapos y de los matrimonios en perspectiva.

—¿Qué va a usted hacer mañana?—preguntó Jiménez, un joven tonto y rentado que no se preocupaba sino de poner un nuevo vestido sobre su persona.

—Voy al cine con Lola Zavala a ver a la Bertini en uno de los *Siete pecados capitales*, y de allí a bailar a la casa de las Ramos.

—¿Me permite usted que yo vaya también? —imploró Jiménez.

—De ninguna manera —objetó Elena, mirando en su derredor—. No se lo permito a usted ni a nadie; porque yo voy a ver la cinta y no a oír declaraciones o a que se tomen libertades que yo no autorizo, con la complicidad de la penumbra.

—Yo creía que el cine era un entretenimiento para los niños y para los novios —advirtió don Camilo, un viejo muy acicalado y con las canas teñidas.

—Y yo —agregó Eugenio—, que el baile era una diversión que debe uno ver desde su butaca. Como ejercicio, prefiero la gimnasia sueca.

—Se equivocan ustedes —arguyó Elena—. Yo considero el baile y el cine como los placeres modernos por excelencia. El baile que es el lenguaje natural de la alegría ha llegado al más grande refinamiento. Comparado con el cine es monótono un drama de Bernstein. Cuando me aburro, todavía me queda el recurso de dar un paseo por los barrios, donde encuentro más exotismo que si hiciera un viaje al Oriente. Y ustedes, ¿cómo pasan el tiempo? Yo daría algo por saber de qué manera se divierten los hombres en México, sobre todo los ricos. No hay cortesanas elegantes, ni casinos, ni carreras de caballos, ni al menos vida de sociedad. Cuéntenme ustedes, ya saben que se puede decir todo delante de mí.

Ante las rápidas preguntas de Elena, cuya voz de timbre seco y fino castigaba como el cabo de una fusta,

todos permanecieron callados, dándose cuenta mal de su grado, de la miseria de sus vidas.

Solamente Eugenio León exclamó en un tono mitad serio, mitad chancero, vejado por aquel instante de silencio:

—Yo tengo orgías de arte, leyendo hasta la madrugada obras de autores exquisitos y perversos.

—Es usted muy libertino —le replicó Elena, lastimándolo con su risa acerada—; pero se divertiría usted más dedicándose al baile. Con Cobos, si tiene usted disposiciones, aprendería en un mes. Así tendría usted el inmenso placer de bailar conmigo, y se llevó el cigarrillo egipcio a los labios, saboreando más que el humo insípido su deliciosa impertinencia.

Tejiendo la tela en que había de tomarlo cautivo

Elena Rivas no había vuelto a ver en su casa a Eugenio León, muy remiso para cumplir con sus deberes mundanos; pero cada vez que lo encontraba, tendía un hilo de la red sutil e invisible en que había de tomarlo cautivo.

En breve, ya no quedó al azar el cuidado de conducirlo ante su vista.

Atraído por su coquetería, Eugenio comenzó a buscarla los domingos en el bosque de Chapultepec, a la hora del esplendoroso desfile de carruajes en la avenida del Rey, cabe las frondas de los corpulentos y añosos ahuehuetes, y todos los días en Sanborn's, en el teatro, en todas partes donde acudía la gente conocida.

En un baile a beneficio de los Aliados que se dio en el hotel Imperial, Elena le preguntó, después de haberle escanciado hasta embriagarlo el vino oscuro y fuerte de sus ojos:

—¿Ya aprendió usted a bailar, Eugenio?

—Tengo la pena de confesarle a usted que sí, no obstante que soy enemigo sincero del baile de sociedad.

—¡Bravo!, es usted un muchacho de quien se puede hacer mucho —y le ofreció su brazo a pesar de que un grupo de sus admiradores, entre los que se conta-

ban Bermúdez y Jiménez le reclamaban la propiedad de ese *one step*.

A los jocundos acordes de una orquesta de *banjos*, cuyo ritmo acentuaba la algazara de la batería traviesa y multisonante, estallando con frenesí de regocijo africano, y en medio del tropel de gozosas parejas que se cruzaban con rapidez de Quinta Avenida, Elena enlazó a Eugenio con su mórbido brazo de tonalidades venecianas, permitiéndole sentir, al través de su vestido color de carne, su busto prominente y elástico, sus muslos gruesos y redondos que se antojaban las columnas del peristilo del edén, acercando a su mejilla la suya de fragancias de azucena, y enloqueciéndolo con la caricia de sus cabellos, tan frescos y tan suaves que sugerían la maravilla de un ramillete de rosas negras.

Por la dicha dolorosa que experimentaba, Eugenio se creía en el círculo del infierno, azotado por un torbellino de llamas, donde pone a los lujuriosos el vidente de Florencia.

Cuando volvió a su casa acarició y acarició como si fuera la túnica de seda de Elena, el recuerdo de aquellos raudos minutos de deleite, y dando vado a sus ideas, escribió al día siguiente un ensayo acerca de la dádiva en el amor.

Quien sabe por qué motivo, decía entre otros sesudos conceptos, la mujer escatima sus encantos como el avaro sus riquezas.

Lo mismo que el avaro su tesoro, no descubre su belleza sino a puerta cerrada y a solas.

La mujer, sobre todo la mujer mexicana, abriga un sentimiento de desconfianza por el hombre que le tributa el homenaje de su adoración, y solamente después de largo tiempo de prueba, le concede poco a poco lo que debía otorgarle generosamente desde un principio.

No se da cuenta la mujer del inmenso error en que incurre.

Es un pecado contra la misericordia no dar de beber al sediento, y una refinada crueldad ministrarle la bebida que ha de aplacar su fiebre, gota a gota.

Si un enamorado logra la reciprocidad de sus sentimientos después de muchos afanes, no la considera como una gracia sino como un galardón. Si es impaciente y obtiene por medio de un acto de violencia la presea que ha demandado con humildad, se la apropia por derecho de conquista.

Cuánto se ganaría si fuera de otra guisa.

La belleza y la juventud poseen un valor intrínseco, y la circunstancia de que sean entregados conforme a la diminuta balanza de los vanos escrúpulos no aumenta ni disminuye el número de sus altos quilates.

Acepte la mujer sin ambages al hombre a quien ama y no probará el amargo despecho de verlo tornar la espalda. Deponga sus recelos, y desaparecerá del mundo el oprobio de que haya vírgenes de cuarenta años. No sea huraña al acatamiento que le es ofrecido, ni parsimoniosa en conceder sus favores, y en vez de que el hombre los considere como una recompensa o como

un trofeo, los verá como una dádiva y los aceptará rebo-
sando de infinito agradecimiento.

Un día en que se hallaba dictando un artículo en la redacción del *Independiente Ilustrado*, fue interrumpido improvistamente por el timbre del teléfono que reposaba sobre su escritorio.

—¡Bueno! —exclamó, tomando la bocina de manos de su mecanógrafa.

Era Elena Rivas que le reprochaba su ausencia y lo invitaba a tomar una taza de té a él solo, esa tarde.

Lo acogió con gentileza, y después de algunos momentos de frívolo diálogo le confesó que desde hacía tiempo era su admiradora. —Mire usted —exclamó, enseñándole sus obras espléndidamente encuadernadas—. Como observará usted, soy una lectora que lee con atención —añadió, mostrándole algunas líneas subrayadas con lápiz rojo.

Luego lo provocó a hablar de distintos asuntos y animándolo con réplicas pertinentes, consiguió que Eugenio la admirara no solamente por su belleza sino por su ingenio.

En un instante de silencio, se levantó con encantadora naturalidad, y sentándose al piano cantó a media voz una canción de Paul Verlaine:

*Sur votre jeune sein laissez rouler ma tête
Toute sonore encore de vos derniers baisers;*

—Si no supiera que le desagradaba a usted tanto —le dijo zalameramente, girando en el trípode de ébano—, le rogaría que me recitara una poesía, ésta —agregó, tendiéndole una revista que se apresuró a sacar de un cofre antiguo de palosanto con artísticas incrustaciones de hueso.

Era el poema que había leído recostada sobre la piel de tigre.

Aunque no sabía recitar ni poseía buen timbre de voz, Eugenio lograba deleitar por la hondura de su emoción.

—¿A quién le dedicó usted esos versos? —le preguntó Elena, que se había sentado a su vera, y tan cerca que le rozaba las rodillas.

—A una Armida artera e irresistible, que antes de conocer a usted sólo existía en la isla de mi fantasía —le contestó Eugenio—, y ahora que he satisfecho la curiosidad de usted, permítame que a mi vez satisfaga la mía, cerciorándome de si la boca de usted sabe a fresa o a granada —y no tuvo sino inclinarse para caer en los brazos de Elena, apurando el zumo de sus labios, más rojos que el vino de Borgoña, y hundiendo los dedos en sus cabellos, más suaves que los crespones de china.

No era ni macho ni hembra como dice Plinio de algunos animales

Desde entonces Eugenio vivió en ese estado de exaltación que, como afirma Bernard Shaw en su enjundioso drama de *Man and Superman*, es la mayor merced de que somos deudores a nuestras amadas.

En esa época de fiebre, tan propicia a la producción literaria, escribió sus más bellas crónicas, y en los ágapes regocijados con sus camaradas, pronunció sus frases más felices.

Adverso a todo trabajo mecánico, opinaba que no debía hacerse más movimiento que el necesario para conservar la salud, y en achaque de gimnasia, no practicaba sino la de Domiciano. Su jornada más larga a pie era recorrer de vez en cuando de un extremo a otro la avenida Francisco I. Madero.

Para producir sus artículos, los planeaba primero en su imaginación, y luego se los dictaba a su taquígrafa, corrigiéndolos ya escritos en máquina, como si fueran pruebas de imprenta.

De ese tiempo datan su novela del *Amante alucinado* y sus *Ensayos sobre el éxito* y *Nuestros enemigos íntimos*.

Con el dinero que le producían sus escritos y algunas sinecuras que le había otorgado el gobierno, casi

vivía con lujo, que es la más imprescindible al mismo tiempo que la más costosa de nuestras necesidades. Adornó su apartamento con muebles Sheraton y tapetes orientales. Se servía con profusión del agua de colonia y se manicuraba dos veces por semana. Se maravillaba de que los políticos, que se han desacreditado tanto ofreciéndoles a las masas lo necesario, no se granjearan una popularidad más sólida y duradera ofreciéndoles lo superfluo.

En sus recibos, donde lo veía de lejos en lejos, Elena no le mostraba más deferencia de la que demanda la cortesía.

Cuando le daba cita a él solo, se ataviaba en su honor con sus más costosos vestidos y se saturaba de los más penetrantes perfumes. Se encontraban en las penumbras propicias de los cines donde trocaban pecaminosas caricias. Recorrían los alrededores en raudas carreras en auto. Pero no estaba más a su alcance que una estrella. Daba pábulo a la pasión que inspiraba, pero ella se debatía impunemente en la llama escarlata.

No era ni macho ni hembra, como dice Plinio de algunos animales.

Era una salamandra.

Entretanto no desatendía a sus admiradores.

Tantalizaba a todos con sus seducciones; pero nadie se había puesto de bruces para beber en las lagunas malsanas de sus ojos. Aunque incitaba a todos con la opulencia de su cuerpo, nadie podía ufanarse de haber

bogado hacia Citeres empuñando los pulidos remos de la galera de marfil.

Provocaba celos, que en una ocasión fueron causa de que en el *cabaret* de Chapultepec salieran de sus fundas los revólveres.

Su marido fue su próxima conquista.

Vuelto a la capital después de una venturosa campaña contra los rebeldes de Morelos, torno a ser esclavo de los hechizos de Elena, y desesperado de no conseguir una reconciliación, partió para el norte a hacerse matar por las tropas de Villa.

A poco un joven noble se descarrió de la vía que le trazara el honor, abandonando a su prometida por seguir a Elena, ya compradas las donas.

Su triunfo más reciente había sido el suicidio de un antiguo novio, que emigrado por achaques políticos, había contraído en el destierro el hábito de la morfina, y desesperado de no poder volver al lado de Elena, había abreviado su vida, arrojándose de un cuarto piso.

Al fin accedió a visitar a Eugenio en su apartamento.

Momentos antes de la cita, salió de su hotel, refinadamente vestida y montó en un auto. A las cuatro en punto, que vio en su reloj, preciándose de su exactitud, se detuvo frente a la casa de Lola, que prevenida por teléfono, la esperaba en la puerta.

Se dirigieron a la casa de madame Ratto, donde Elena se probó un vestido sastre y se demoraron eligiendo telas y figurines. Vieron los últimos sombreros en casa

de *madame* Dallings. En la Perfumería Exótica se hicieron mostrar costosos perfumes, contenidos en frascos de formas arcaicas y caprichosas. De allí se encaminaron al cine a ver una cinta de la Borelli, y todavía fueron a mendrar a Sanborn's, pasando por entre la valla de desocupados que siguieron a Elena con ojos de codicia.

En la puerta de la casa de Lola, Elena se despidió, asegurándole que había pasado una tarde deliciosa, e invitándola al teatro al día siguiente a oír la maravillosa voz de la Raisa en *Aída*.

Al llegar a su hotel, se detuvo a ver en el vestíbulo las tarjetas depositadas en el fondo de una bandeja de plata. Ya en sus aposentos, se desembarazó de su sombrero, guarnecido con plumas de ave del paraíso, y habiendo trocado su vestido de calle por una bata de casa se puso a jugar con su gato negro, cuyos ojos destellaban como dos topacios.

Al cabo de un instante de juego, riñó con el azabachado felino, que exasperado sacó del estuche de terciopelo las agudas garfas de ágata, rasguñando las manos blancas y crueles, que lo tiraban rudamente de la cola.

Enseguida se sentó en un sillón, mostrando la actitud inexpresiva de quien no piensa en nada; pero al cabo de un momento, se dirigió nerviosamente al tríptico de su tocador de caoba, desatando su cabellera, tan copiosa, que de tiempo en tiempo tenía la necesidad de recortarle gruesos mechones, a fin de que no la agobiara demasiado con su peso.

Cayeron los rizos sobre sus sienes como enroscadas virutas de ébano; rodaron por su cuello como ondas de azabache líquido; se descogieron las apretadas madejas, más perfumadas que un jardín, y más impenetrables que el limbo en que se debaten los ciegos.

—Es un enorme sacrificio —murmuró—; pero me consuelo pensando en que lo hago en aras de una hermosa idea.

Y desenterrando las últimas horquillas de carey y de oro que los sujetaban, dejó en libertad sus cabellos, que se despeñaron por su espalda, pesados y tumultuosos, como un Niágara negro.

Un extraño presente

Largo tiempo antes de las cuatro, Eugenio esperaba avizor en su apartamento de la calle de Orizaba.

Había puesto manojos de rosas en los jarrones de talavera y en los cacharros de Guadalajara, olientes a barro mojado. Había sembrado el umbral de rosas bermejas y fragantes para que besaran los pies de la amada cuando llegara. Había rosas esparcidas en el deshilado de la mesa de caoba donde lucía el servicio de té de porcelana Imarí, y festoneaba una guirnalda de rosas el marco del tocador para encuadrar la imagen enloquecedora de Elena cuando sonriera en el fondo del espejo.

No se maravilló de que no apareciera a la hora fijada, sabiendo que las mujeres son impuntuales por principio.

Recostado en el diván posaba los ojos en el piso esmeradamente encerado; seguía minucioso con la vista los dibujos de las alcatifas turquescas; contemplaba el mosaico que formaban los lomos de los libros en los estantes; demoraba la mirada en los cuadros suspendidos en los muros tapizados de papel sepia.

Hasta después de transcurrida media hora comenzó a sentir barruntos de impaciencia y se puso a pasear de un extremo a otro de su estudio, donde entraba in-

solentemente la luz, no obstante los visillos de lino y las cortinas de seda verde.

Se estremeció al oír la sirena de un automóvil que pasó a toda velocidad bajo sus balcones. Pasadas las cinco, abrió la vidriera poniéndose en acecho. Se imaginaba verla descender de cada auto y de cada coche.

Desde su atalaya, distinguía la plaza de Orizaba con su verde arboleda, sus calzadas rojas espolvoreadas de tezontle y su fuente circular en el centro, alimentada por un bullicioso surtidor cuyas sartas de cristal se quebraban en un macizo de riscos. Las niñeras empujaban los cochecillos de los bebés, y un jardinero en cuclillas acicalaba el pasto de un prado en forma de segmento de círculo. En la azotea de la casa frontera, una criada tendía ropa y a sus pies se dilataba la calle de Durango con su doble fila de alheñas a la orilla de la acera. Quizá vendría en un camión, y se apearía en la calle de Mérida. Acaso en tranvía y asomaría por la calle de Orizaba. Se figuraba reconocerla en cada silueta de mujer.

Intentó leer un libro de Stevenson; pero la vívida prosa del autor de *Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hide* y de *Virginibus Puerisque*, no logró apoderarse de su atención que sólo era atraída por las formas y los ruidos de la calle.

No conseguía enfrenar su displicencia.

Lo exasperaban la risa de los niños que jugaban en el jardín, el estridor del tranvía, el tañido de la campana

del templo de la Sagrada Familia, los gritos de los buhoneros, la impasibilidad del cenceño galgo de bronce que le servía de pisapapeles.

Tendido de nuevo en el diván, vio palidecer la luz en las vidrieras y entrar la noche. Así permaneció sin saber cuánto tiempo, porque no había vuelto a consultar la hora.

Súbito, oyó pasos en el ámbito de la escalera de tirabuzón, y solicitado por el tintineo del timbre, se levantó a abrir la puerta, aunque ya había perdido toda esperanza.

Un criado puso en sus manos un paquete y una carta.

Encendió la luz eléctrica, y al favor de la lámpara de su escritorio, vio el sobre azul pálido de papel de lino, reconociendo en las señas la caligrafía grande y angulosa de Elena Rivas.

Leyó, después de abrir la cubierta con una plegadera de marfil:

Eugenio: En un momento de imprudencia le hice a usted una promesa cuyo cumplimiento me es imposible. Para poner término a unas relaciones que no pueden ser sino inútiles, salgo de México, dejándole a usted ese recuerdo en testimonio de mis sentimientos.

Elena

Al cabo de un instante de perplejidad, tomó el paquete que había colocado sobre la mesa de centro.

Desató el listón de seda blanca que lo sujetaba, y despojándolo del papel de china blanco que lo envolvía, encontró un gran estuche de terciopelo blanco. Abrió nervioso el broche que lo cerraba, y en el interior forrado de raso blanco, vio destacarse una masa suave y aromática que semejaba un manojó de esponjadas plumas de avestruz, que se antojaba una enorme madeja de finísima seda, y que no era otra cosa que una crencha de profundo negror, sobre cuyas ondas espesas y perfumadas flotaba el espíritu de Baudelaire.

En menos de una semana de rusticar en el retiro se había cansado de los esparcimientos campestres

Al día siguiente, Elena Rivas salió en compañía de Lola Zavala para El Retiro, una hacienda que poseía en el camino de Querétaro y a la cual no había ido hacía mucho tiempo, dando órdenes a su servidumbre de que a nadie se comunicara su paradero.

Con el pelo corto, parecía un colegial maleante y empecatado que hubiera ido a pasar vacaciones a la casa paterna.

A pesar de sus incomodidades, el campo le ofrecía el irresistible atractivo del cambio.

En los tiestos que guarnecían los corredores de la casona, begonias, aretes y claveles rivalizaban en fragancia; revestían las madresevas las altas y robustas pilastras, y escalaban los geranios el muro hasta asomar en el tope sus corolas rosamarino, en tanto que en el jardín descollaban las rosas de soberana frescura, y recatadas en sus estuches de hojas, destapaban las violetas sus diminutos perfumeros de amatista.

El administrador, Fermín, como lo llamaba Elena familiarmente, más bien con el propósito de procurar-

les una distracción que de alardear de la solicitud que prodigaba al Retiro, les mostró el espacioso tinacal donde espumeaba el espeso pulque, en las vastas tinas de cuero de res; la vacada que rumiaba quietamente en los pesebres; los toros padres sujetos con una argolla de hierro que les taladraba las sonrosadas narices; las crías que eran todas terneras, pues los becerros son muertos enseguida de su nacimiento; las triples trojes en que estaba almacenada la última cosecha; las tablas de cebada y de maíz; los magueyales cuyas filas simétricas y monótonas, tiradas al tresbolillo, trepaban por las laderas de las cercanas colinas.

Con los hacendados de los contornos que acudieron a rendirles sus acatamientos, planearon un paseo a orillas del río, donde se encaminaron, cuáles a caballo, cuáles en anticuadas carretelas.

De regreso en El Retiro, al atardecer, cantaron canciones nacionales al son de un piano desacordado y bailaron a los auspicios del gramófono.

Luego de despedir a sus huéspedes, Elena y Lola se refugiaron en su amplia alcoba de encalados muros y alta techumbre de vigas de cedro, despotricando hasta que el sueño les ató la lengua y les cerró los ojos.

Mañana a mañana, a la llegada del correo, Elena se apoderaba nerviosamente de los periódicos que recorría con avidez imponiéndose de los títulos, y terminaba arrojándolos a sus pies con gesto de des-

ilusión, por no encontrar la única noticia que hubiera provocado su interés.

Informado por uno de sus amigos hacendados del escondite de Elena, el deportista Muñoz llegó una mañana llevando consigo a don Camilo, a Bermúdez y a Jiménez. Vestían de claro y portaban sus cámaras a la bandolera. Tomaron vistas de la casa, sacaron grupos, retrataron a Elena y a Lola montadas en burro y cruzaron apuestas sobre quien mostrara el mejor trasunto de Primoroso y Valiente, los dos corpulentos toros sementales que los mozos requirieron de sus pesebres.

En la comida hubo brindis por el regreso de Elena.

—¿Cómo está Eugenio? —preguntó Lola.

—No sé —contestó don Camilo—. Yo no lo veía sino en casa de Elena. No trato a los periodistas.

—Fernando que nos lo presentó, debe saber —insistió Lola.

—No crea usted, lo conozco muy superficialmente —respondió Fernando con tono despreciativo.

De la mesa se dirigieron a la sala, donde permanecieron durante las horas bochornosas de la siesta, entorpecidos por el calor y por el pulque.

Cuando se alejaron sus amigos, en medio de una nube de polvo que envolvió el auto estrepitoso de Muñoz, Elena sintió caer sobre su espíritu el insoportable tedio del campo.

El paisaje era de una aridez descorazonadora.

Allende las sementeras, El Retiro era un páramo donde no medraba otra vegetación, bajo el sol calcinante, que rastreros cardones, resecos nopales, escuetos órganos y raquíuticos árboles del Perú. Ni una sola umbría para descansar del calor sofocante. Debido a la vecindad del establo, pululaban las moscas asquerosas e importunas. Los hacendados con quienes se había mostrado complaciente, la molestaban con sus visitas y hasta se aventuraban a hacerle la corte.

En menos de una semana de rusticar en El Retiro se había cansado de los esparcimientos campestres.

Hicieron apresuradamente sus preparativos y volvieron a México por el próximo tren. Era Elena demasiado refinada para poder vivir un día más en contacto con la naturaleza.

Contemplaba el sufrimiento de su víctima con un deleite digno del Marqués de Sade

Al cabo de una noche de desvelo que pasó cavilando en el sentido de aquella dádiva singular, Eugenio León se encaminó a la casa de Elena, sin obtener otro informe de los criados, no obstante sus tentativas de soborno, que el muy exiguo dato de que había salido de México.

A mediodía vio a Bermúdez en la avenida Francisco I. Madero de pie en la puerta del Globo; pero no se animó a pedirle noticias, considerándolo su rival. En los mismos términos creía encontrarse con Jiménez que estaba en la puerta de Sanborn's y con Muñoz que pasó en auto. Le estaba vedado hacer pesquisas entre las amigas de Elena, porque se juzgaba en falta con ellas, por la razón de que nunca les había hecho una visita.

La buscó en vano en tiendas, calles, cines y teatros.

Al fin la distinguió un domingo en Chapultepec, a la hora breve en que el torrente de automóviles que se precipita por la calzada de la Reforma, aquietándose de súbito después de arremolinarse a la entrada del bosque, se encauza y marcha pausadamente a lo largo de la frondosa arboleda de la avenida del Rey.

En cuanto lo divisó, Elena cambió algunas palabras con Lola Zavala.

Eugenio, todo turbado, no prestaba atención al amigo con quien departía, palideciendo intensamente y haciendo una honda reverencia con el sombrero en la mano, al pasar el auto de Elena.

Lola volvió la cabeza hacia otro lado y Elena deliberadamente no le contestó, mirándolo de hito en hito.

Fue en distintas ocasiones a visitarla pero nunca estaba en casa; le telefoneó repetidas veces sin lograr comunicarse con ella, y el viernes siguiente se la negaron los criados, no obstante haber autos que esperaban ante la puerta.

Cuando la encontraba, ya casualmente, ya por obra de su industria, Elena lo desconocía. En vez de desistir de sus propósitos, dando pruebas del más simple sentido común y del más rudimentario decoro, no dejaba de implorar gracia con su mirada o con sus actos. Los pretendientes desdeñados lo mismo que los jugadores perdidosos no se dan cuenta de que es contraproducente la porfía, cuando la mujer y la suerte se muestran adversas. Le escribió cartas rebosantes de pasión que no obtuvieron respuesta, y le dedicó versos en *El Independiente Ilustrado*, sin conseguir otro objeto que sacar a plaza su desengaño.

Perdió la verba de que hacía alarde en sus artículos, y él, que había sido abstemio, comenzó a frecuentar las cantinas.

Un día lo llamó a su despacho el director del *Independiente*, un periodista que tenía el perfil y los vuelos de un sacre.

Le dijo con serio semblante que la venta del *Independiente Ilustrado* había disminuido mucho, que se había borrado largo número de suscriptores, que las casas de comercio habían retirado sus anuncios, y por tanto era necesario encomendar la dirección del periódico a otra persona.

En el momento de la despedida, suavizando considerablemente su expresión, le aseguró que lo seguía estimando como escritor y le prometió que le pagaría liberalmente sus artículos.

El que antaño cuidaba con esmero sus manos, mostraba las uñas guarnecidas de negro.

Se embriagaba en las cantinas de los barrios con gentuza y con literatastros. Con la inconciencia de quien ha perdido el respeto de sí propio, frecuentaba las calles céntricas como cuando era un hombre de letras próspero y considerado, osando abordar a antiguos conocidos, sin parar mientes en que les inspiraba repugnancia con su traje pringoso. Los que antes habían sido sus admiradores, volvían la cara para evitar su saludo, y cuando le tendía la mano a alguien que no lograba negarle la palabra, lo veía retirarse pretextando una ocupación urgente.

Como no trabajaba y carecía de recursos, comenzó a pedir prestado.

Por sus relaciones con la gente de teatro, en la época en que era un crítico cuyo fallo sentaba la reputación de los artistas, conservaba el privilegio merced a la conmiseración de los empresarios, de entrar de balde a los espectáculos.

Una noche de ópera en el teatro Arbeau, vio a Elena en una platea con Lola Zavala y Fernando Bermúdez.

Llevaba un hermoso vestido color de fuego, con un escote muy osado que pendía de sus hombros de mármol de dos cintas de seda, y estaba espléndidamente enjoyada, más seductora que nunca, esgrimiendo con la fina mano cuajada de sortijas, un abanico rojo que de tiempo en tiempo languidecía reposando el ala en el seno nevado.

La pasión de Eugenio León que yacía oculta bajo los escombros de su vergüenza, surgió de nuevo avasalladora.

Con tristeza infinita que impregnaba su alma de hiel y vinagre se dio cuenta del abismo que mediaba entre ella, rica, bella, cortejada, y él, un fracasado, un pobrete, casi un mendigo.

Sin ningún reparo la devoraba con la mirada, volviendo la cabeza desde su butaca.

Cuando lo reconoció, Elena hizo instintivamente un mohín de disgusto, y luego le asestó los gemelos insolentemente, hiriéndolo como con una daga fría con su sonrisa de burla. Sin parar mientes en la escena y restando las miradas que la observaban, comenzó a coque-

tear con Bermúdez, contemplando el sufrimiento de su víctima con un deleite digno del Marqués de Sade.

En su papel de verdugo llegó hasta poner en el pie de Bermúdez, calzado con una zapatilla de charol, su pie calzado con una zapatilla de raso rojo.

Incapaz de resistir tamaña tortura, Eugenio salió tambaleándose del teatro y caminó por la calle como un loco.

Al pasar por la calle de la Independencia, tropezó con los pies de los papeleros que dormían hacinados en los vanos de las puertas. En la esquina de Gante se topó con unas meretrices que le dirigieron miradas de repugnante lujuria. En los escaños de la Alameda, encontró sentados a individuos como él, astrosos, sórdidos, miserables. Se aventuró por una calzada, y quitándose el sombrero, se sentó en una banca de hierro, sin lograr que el frío de la noche aplacara la fiebre que lo consumía.

Se levantó de nuevo, y marchando a la ventura llegó inopinadamente a su casa.

Ya no vivía en su apartamento de la calle de Orizaba, sino en una casa de vecindad por el rumbo norte de la urbe, donde entró sufriendo como todas las noches, los ultrajes de la portera, porque no le daba propina.

Cruzó el patio tropezando con las pértigas que sostenían las cuerdas de los tendederos y abrió la puerta de un cuarto interior, prendiendo una lámpara de petróleo, que alumbró con su flama humeante la miseria de su pocilga.

De una cómoda vieja sacó un paquete que desenvolvió sobre su camastro que estaba en un ángulo con la ropa deshecha.

Era el estuche de terciopelo blanco, en cuyo interior de raso blanco resaltaba la cabellera de Elena Rivas, más trágica que el crimen, más negra que el infortunio, más helada, mucho más helada que la muerte.

Con la conciencia de su naufragio completo y definitivo, hundió sus manos en los rizos brunos, los besó con sus labios febriles, y mientras sollozaba mojándolos con la hiel de sus lágrimas, se despidió del amor, de la gloria, de la esperanza, de todo lo que había perdido para siempre.

**Y una espesa mortaja,
una fúnebre ajorca, es tu lóbrego
pelo; mas tanto me fascina,
que haciendo de sus hebras
el dogal de una horca, me daría
la muerte con su seda asesina**

Después de la ópera, Elena Rivas, abrigada con una espléndida capa de raso blanco, pasó delante de la doble valla formada para ver la salida de la concurrencia.

Cuando se acercó su auto, le cedió el paso a Lola y le tendió la mano a Bermúdez, que se mostró muy desconcertado, porque después de la preferencia de que Elena le había dado pruebas en el palco, se imaginaba ver realizados sus sueños.

Condujo a Lola a su casa, y descendiendo bajo la marquesina de su hotel, subió con ligero paso los pedaos de la escalinata de mármol.

Mientras se desalhajaba ante el tríptico de su tocador de caoba, sonreía con delectación infinita. No jubilaba solamente porque miraba en el fondo límpido de la triple psiquis biselada reproducida en múltiples imágenes su radiante belleza, sino porque rememoraba sus impresiones de la ópera.

Había observado los signos del dolor de la cara de Eugenio, lo había visto desaparecer bruscamente del teatro y cruzó por su alma un relámpago de esperanza.

Se puso un finísimo pijama de crespón color de rosa pálido, pues tenía una epidermis más blanca y delicada que la de Ana de Austria, y se deslizó entre las holandas de su espacioso lecho de caoba, sobre cuya cabecera caía en amplios pliegues un pabellón de tupido damasco.

Permaneció un momento imaginativa, eligiendo el vestido con que se trajaría al día siguiente, y después de comunicar su resolución a su doncella, amortiguó la luz de la lámpara eléctrica que ardía sobre su mesa de noche, quedándose muy pronto dormida.

Pasó un día sin interés, en que como siempre, anduvo de compras, charló por teléfono, hizo visitas y atizó deseos.

A la mañana siguiente, se levantó tarde, como sienta a una mujer de su refinamiento, y se sumergió en la bañera después de coquetear con el agua, que al penetrar entre sus muslos de pulido alabastro, se aguzó como una daga, según el bello símil del artífice de los *Crepúsculos del jardín*.

Después del baño se cubrió con una bata de crespón azul y bajó al comedor a desayunarse, sirviéndose un plato de fresas con crema.

Tomó indolentemente el periódico que yacía sobre la mesa, y se estremeció al leer el encabezado de una noticia.

En un largo reporte, interrumpido por macabros dibujos, en que el afanoso noticiero alardeaba de galas literarias, se impuso Elena con avidez de que la víspera, el poeta Eugenio León se había suicidado ahorcándose en la barra de su cama con una cabellera negra.

En esos momentos entró una criada llevando en las manos un espléndido manojo de rosas.

Bermúdez, que le enviaba la ofrenda, no le inspiraba más interés que cualquiera otro de sus pretendientes; pero el sol se abalanzaba por la ventana en ondas de oro líquido, las flores eran magníficas, y sobre todo estaba contenta.

Se levantó a arreglar el ramillete en un florero de cristal que colocó en el centro de la mesa, volvió a sentarse y exclamó, con los ojos entornados por el deleite y condensando en una frase la exquisitez de aquellos instantes venturosos y fugitivos:

—¡Qué bella está la mañana! ¡Qué suave el perfume de estas rosas!

La salamandra
se terminó de
imprimir en noviembre
de 2015 en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Ángel Ortuño
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
J Daniel Zamorano Hernández
Diseño y diagramación